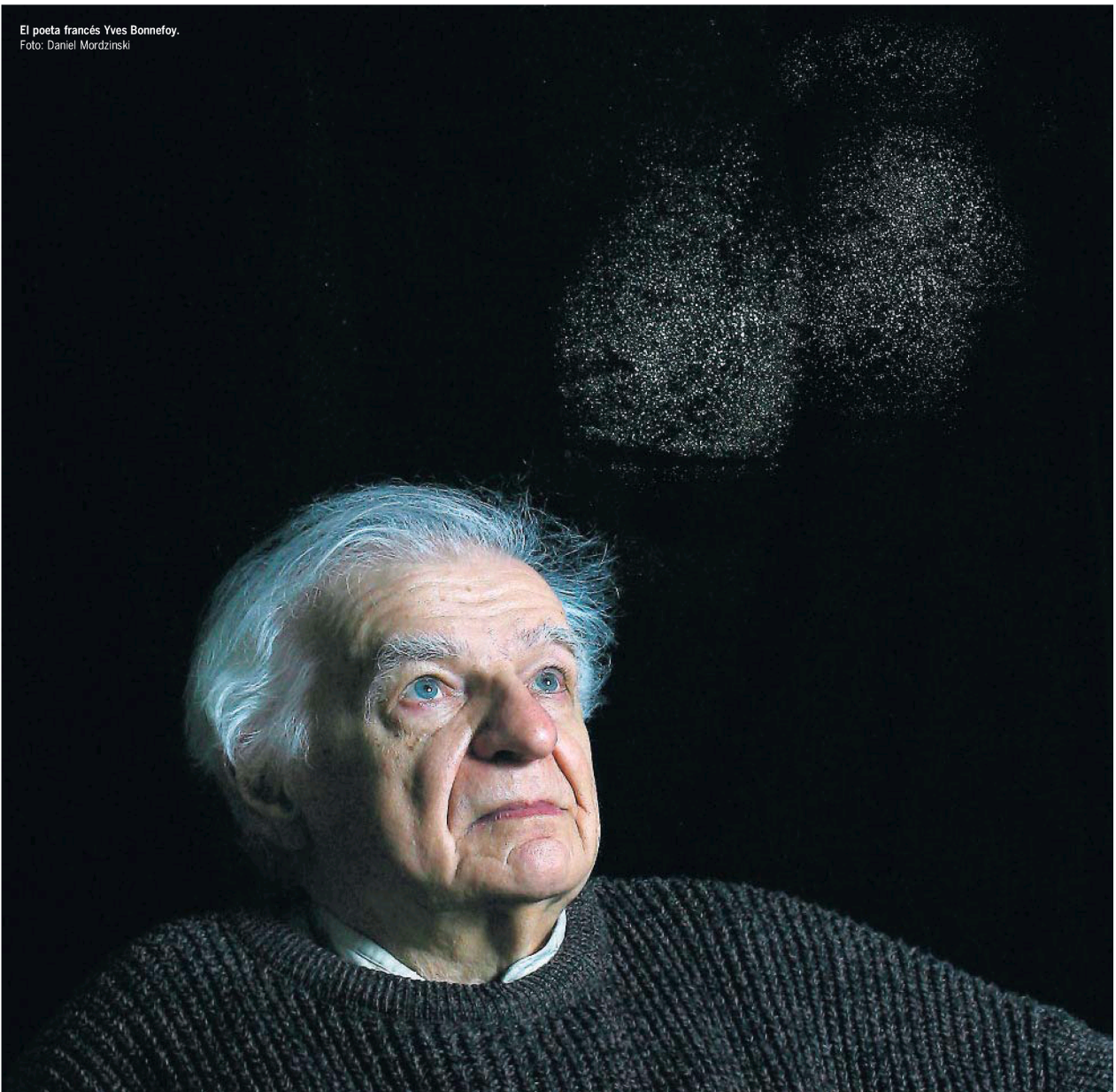


El poeta francés Yves Bonnefoy.
Foto: Daniel Mordzinski



El despertar de las palabras

Yves Bonnefoy, poeta, ensayista y traductor, recuerda a los 90 años su descubrimiento del lenguaje como creador de la realidad. Literatura y arte conviven en este hombre que asegura que “la sociedad sucumbirá si la poesía se extingue”. Su libro *El territorio interior*, recién traducido, es un viaje iniciático. Por Winston Manrique Sabogal

10 EL PAÍS BABELIA 08.02.14

press reader Printed and distributed by PressReader
PressReader.com v. 1.604.378.4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW

CUALQUIERA PENSARÍA que los cientos de jóvenes que lo escuchaban atentamente le habían impregnado energía, más ganas de vivir; pero fue al revés. Fue él, Yves Bonnefoy, con sus 90 años, quien irradiaba fervor por la vida y la realidad. Hablaba de poesía, hablaba de palabras, del aliento vivificador que hay en ellas y de su capacidad de crear el mundo. De cambiarlo, incluso. Hilos de murmullos aquí y allá desprendían los mil estudiantes mexicanos mientras escuchaban al poeta, ensayista, traductor y crítico expresarse en su francés de reminiscencias antiguas mientras ellos con sus cascos escuchaban la traducción del que les habían dicho era uno de los escritores más importantes de Francia.

“Los poemas no tienen significado. Cuando se lee uno hay que preguntar a la propia experiencia, a la memoria. Y a partir de ahí buscarle la interpretación”.

Eran las cinco y media de la tarde del lunes 2 de diciembre de 2013. Era el auditorio Juan Rulfo de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara hasta donde había ido Bonnefoy (Tours, 1923) para recibir dos días antes el Premio FIL de Literatura en Lengua Romances. Tenía a los estudiantes hechizados. Antes de su llegada todo era algarabía, pero una vez empezó a hablar su voz trajo el silencio, el silencio al murmullo intermitente y una hora después otra vez la algarabía. Tal vez no entendieran muy bien todo lo que el poeta les decía, pero preguntaban y se les veía contentos.

Yves Bonnefoy, sin pretenderlo, había creado el mejor escenario y ejemplo de lo que siempre ha dicho y pensado respecto a la función y cometido de las palabras y la poesía. Y su influjo en la vida de cada uno como lo cuenta en su libro de ensayo *El territorio interior* (Sexto Piso). Palabra oral y escrita donde se celebra el derrumbe de la Torre de Babel que permitió la proliferación de las lenguas y con ellas el caleidoscopio de la realidad, de que cada cosa tiene un nombre y ese nombre es multiforme porque suena distinto en cada lengua y a su vez su historia varía en cada individuo de acuerdo con la biografía y huella que haya dejado en cada persona. Bonnefoy hablando francés ante una muchedumbre, alguien traduciendo en un español mexicano y los muchachos interpretando o adaptando dichas palabras a su propio mundo.

“En una conversación cotidiana, las palabras sirven para que nos entendamos, pero desaparecen. En cambio, en la poesía esas mismas palabras reaparecen en su verdadera realidad y son nombres propios que señalan o designan las cosas como son para mostrarnos la realidad”.

“¡Espléndido!”. Así recordaría Bonnefoy la experiencia con los mil muchachos, al día siguiente, en el stand de EL PAÍS en la FIL, sentado en una silla, delante de una portada de *Babelia* titulada: ‘Verdi. Maestro de la vida’. Ahora está bajo la mirada de la Afida verdiana este poeta de obras como *Las tablas curvas*, *Principio y fin de la nieve* y *Del movimiento y la inmovilidad de Douve*; de los ensayos *La nube roja*, *La traducción de la poesía*, *Donde la flecha cae* o *El artista del último día*; traductor de maestros como Shakespeare y explorador de mitos como se refleja en su *Diccionario de las mitologías*. Serio y con sus cabellos blancos, menos alborotados que el día anterior, la voz del autor suena baja en medio del rumor de la feria.

“La palabra, las palabras, están en el centro de todo. Son el embrión que no solo describe y señala y nombra el mundo sino que lo ordena y puede salvarlo, reordenarlo. La palabra es nuestra principal conexión con la realidad y la poesía su mejor vía. Por eso es necesario que las liberemos de ese yugo en el cual las hemos metido”.

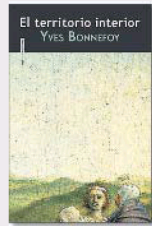
Con las manos entrecruzadas sobre la mesa de cristal, Bonnefoy deja claro que el poeta no deja nada al azar. Se esmera por buscar el término preciso que se aproxima a la realidad física o no que quiere contar, transmitir. Lo atisbó desde muy niño cuando empezó a leer y notó la intensidad de las palabras y supo lo que quería escribir.

“Yo no he elegido la literatura, sino la poesía. No son la misma cosa. La literatura es una posibilidad de la lengua, la poesía es una manera de despertar la palabra. Y debemos hacer una distinción fundamental entre la lengua y la palabra. La lengua es un

EXTRAVÍOS / Encrucijada

Por Francisco Calvo Serraller

“A MENUDO, UN SENTIMIENTO de inquietud me invade en las encrucijadas”, escribe el poeta y ensayista francés Yves Bonnefoy (Tours, 1923) al comienzo de su libro recién traducido a nuestra lengua con el título *El territorio interior*. Un sentimiento y situación tales ya nos indican que pertenecen a un alma viajera, aunque, en este caso, nada dispuesta a circunscribir su periplo a los límites convencionales de lo que se entiende hoy como hacer turismo, porque, aun tratándose circunstancialmente de eso, nuestro autor no quiere separar lo real fáctico de lo posible, o, si se quiere, no acepta que lo vivido no implique lo pensado, recordado, imaginado o, incluso, soñado; o sea: lo real indeclinablemente unido a lo surreal. En cierta manera, ya nos lo avisa el título elegido, porque solo así cabe *interiorizar* el territorio.



Pero Bonnefoy no solo se deja llevar por una rememoración íntima, sino que, además, se lanza a la exploración de un horizonte de fantástica vastedad, en el que se multiplican los hallazgos más inesperados.

De esta manera, guiados por tan peculiar cicerone, que, de entrada, ya nos advierte que no renuncia a sobrellevar también consigo los caminos desechados, las sendas perdidas, hollándolos entonces con la información disponible y procesándolos con el pensamiento, la imaginación o el sueño, nos encontramos en la ruta de hallar un mágico lugar *único*, ese mismo que contenga la cifra del universo a nuestro frágil alcance. Este desmesurado guion para un peregrino mortal, no ha de convertir nuestro periplo en la porfiada búsqueda del inalcanzable país de jauja, de una utopía? Podríamos contestar que, a la postre, no ya la idea de moverse o la

simple animación, sino el hecho de vivir, se arraiga en esta ensoñación, pero Bonnefoy insiste en personales experiencias físicas, aunque las relate de forma conscientemente desordenada, con lo que le acompañamos por lugares tan reales como el desierto de Gobi, el Tíbet, Jaipur, la Toscana, Grecia, etcétera. Por otra parte, alguien como él, tan acreditadamente sabio en lo que llamamos historia del arte de cualquier edad, no deja de incluir en su periplo múltiples imágenes y monumentos, cuyas reproducciones salpimentan su poético texto. Más: no desdeña lo aparentemente más próximo, inerte y fútil: “Basta con que algo me conmueva —puede ser lo más humilde, una cuchara de estaño, una caja de hierro oxidado con imágenes de otro siglo, un jardín entrevista a través de arbustos, una horquilla contra un muro, el canto de una sirvienta en la sala contigua— para que el ser se escinda, y su luz, y me encuentre en el exilio”.

¿Adónde, así, pues, vamos a parar con un guía tan maravillosamente distraído? Bien: me parece que puede ya estar claro que nos dirigimos a ese inescrutable, inagotable e inexplorado país del arte, en el que, cada vez, la ruta es de nuevo recomenzada. Desentrañando a mi manera el enigmático enredo viajero de Bonnefoy, interpreto su encrucijada artística como la dialéctica infinita que va del descubrimiento de la belleza natural a la subordinación del arte de construir a las cualidades físicas de su emplazamiento, y, en fin, de todo ello al punto de fuga de la imagen, esa representación ilimitada de la realidad. ¿Acaso hay todavía hoy otra exploración encarnizada, otra investigación a muerte de la verdad, esa utopía, que la que ha emprendido la representación artística? Y, aunque no lo aborde Bonnefoy, ¿es la imagen digitalizada un nuevo punto de fuga, en el que la individualización creadora devenga un *copyright*, una *marca*, una ruta *programada* sin por eso dar por concluido el azar de todo trayecto? Sea como sea, no hay duda de que, en cada encrucijada, connotar al mapa del arte, se produce efectivamente una ilusionante y aterradora inquietud. ●

El territorio interior. Yves Bonnefoy. Traducción de Ernesto Kavi. Sexto Piso. México D. F./Madrid. 2014. 134 páginas. 19 euros.

conjunto de nociones que nos permiten encontrar diferentes aspectos de la realidad, la literatura es la construcción que hacemos de ella por medio del lenguaje. Todas las experiencias están aquí permitidas, todas las distracciones e irresponsabilidades. La poesía es la respuesta que se lanza en dirección a la lengua, cuando nos preguntamos acerca de nuestras necesidades fundamentales. No es un lugar para divertimentos, ni de la experimentación existencial: es el lugar de la exigencia de la responsabilidad”.

Sus ojos azules se agrandan para ir a los días en que aprendió a leer. Tendría unos cinco años. Fue con esos libros para niños en los que junto a una palabra está su dibujo. Supo que no se trataba solo de letras. Vio un árbol a los pies de la palabra ÁRBOL, una rosa junto a la palabra ROSA, un perro haciendo compañía a la palabra PERRO.

“Recuerdo que fui golpeado profundamente por la relación que aparecía entre la palabra y la cosa. Tenía la sensación de que la palabra era la embajadora de la cosa, su representante entre nosotros. Es mi primer recuerdo sobre la experiencia del lenguaje. En ese momento comprendí que la poesía ejercía esta relación con la palabra. Después encontré, en los poemas que nos hacían leer, que existía un ritmo, una música dentro de los poemas, que no era inherente a

las conversaciones, sino que existía solo en la poesía. Así consideré que mi destino era practicar ese ritmo que hacía que las palabras entraran en contacto con el mundo”.

Convencido y emocionado, Bonnefoy dice que la palabra tiene vida; es un mundo, y crea un universo. Y su encadenamiento con otras palabras, su combinación para crear frases transforma y altera su esencia, su significado. Para él las palabras cotidianas se usan sin darles el valor que merecen.

“La poesía está para recordarnos que todas las palabras, incluidas las que usamos automáticamente, o tanto que parecen gastadas y poco relevantes, son las responsables de la realidad. Para nosotros es importante la existencia de una tierra, suficiente, benéfica, que nos permita dar un sentido a nuestra existencia, que nos permita estar unidos en un lugar donde exista la vida, aunque por momentos resulte surreal. Diría que la poesía habla solo acerca de eso, en esencia. Fundamentalmente la poesía debe decir: ‘Existe una Realidad’, debemos ser parte del mundo, no debemos dejarnos llevar por esa distracción que nos hace aceptar nuestras existencias como algo abstracto, o resignado a la irrealidad. ¡La poesía es aquello que exige la existencia del mundo!”.

El escritor, con el pecho fruncido, se inclina hacia delante. El murmullo de la feria

ahoga su voz. Sus oídos están cansados. Sonríe al ver delatados sus desgastes. Y lamenta que cada vez se lea menos poesía.

“El medio ambiente de la Tierra vive amenazado. La lectura de poesía nos regresa a la capacidad fundamental, una apertura si se puede llamar así, de recentrar nuestra atención sobre el lugar terrestre como tal. Ahora en que muchas de las especies desaparecen, en que el aire está contaminado, en que la población es tan numerosa que no hay suficientes recursos, es necesario tomar conciencia de nuestro papel, y el papel de la poesía es facilitar esta toma de conciencias. Necesitamos una voz profética que anuncie los desastres y despierte la conciencia”.

Lo dice con una sombra de tristeza y esperanza. Como cuando habla de la falta de motivación de las instituciones para que la gente lea poesía. Algunas personas que pasan por ahí se detienen a escucharlo.

“Lo que ha ocurrido es que el sistema educativo ha tenido una preocupación sociológica, científica y psicológica que ha desviado la atención de esta relación que la palabra poética establece con el mundo. Se ha cambiado la experiencia poética directa por la explicación del poema y esa reflexión académica ha dado paso a una situación en la cual la poesía no puede respirar. He ahí el problema con la recepción de la poesía”.

Sentir. Sin temor. Expresar, sin miedo. Dar rienda suelta a la memoria para poder interpretar los versos que cobran nueva vida en cada lector. Algunas personas siguen ahí, asomadas en silencio a lo que dice él, ahora entre lo finito y lo infinito. Pastorea el Tiempo donde está inmerso el ser humano y con el que debe aprender a relacionarse.

“La poesía hace acercamientos más profundos a la condición humana, a lo que sabemos y está detrás. Las grandes obras de la poesía se han arriesgado mucho antes

**“La poesía debe decir:
‘Existe una Realidad’.
La poesía es aquello
que exige la existencia
del mundo”**

**“En las dudas
de Hamlet, en sus
angustias, es donde
la modernidad encontró
su suelo más fértil”**

por los laberintos de la conciencia nuestra. En las dudas de Hamlet es donde la modernidad encontró su suelo más fértil”.

La realidad con sus encrucijadas está presente en *El territorio interior*: “Existir, pero de otra forma, y no en la superficie de las cosas, en el meandro de los caminos, en el azar: como un nadador que se sumergiese en el porvenir para emerger luego cubierto de algas, y más ancho de frente, y de espaldas”. Ir más allá de las quimeras es su invitación, dar a cada cosa su lugar y función. “Es la relación con el otro la esencia del pensamiento moral”. Considera que la poesía es el origen de la preocupación ética o filosófica. No duda en soñar que “la sociedad sucumbirá si la poesía se extingue”.

Palabras e ideas embajadoras en poemas como *La rapidez de las nubes*:

“En mi sueño de ayer
El grano de otros años ardió a fuego lento,
Sin calor, en el suelo empedrado.
Descalzos, lo apartaban nuestros pies como un agua límpida.

¡Oh amiga mía,
Qué distancia tan débil separaba nuestros cuerpos!

La hoja de la espada del tiempo que merodea

Hubiese allí buscado en vano lugar para vencer!”. ●